

Ester Bueno Palacios

DE HERMÉTICOS  
LUGARES

Prólogo de Enrique Cabero Morán



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°112—

MADRID • MMXXI

De la obra © ESTER BUENO PALACIOS

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
www.cuadernosdelaberinto.com  
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © : ENRIQUE CABERO MORÁN

Diseño de la colección © Absurda Fábula  
www.absurdafabula.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento o el almacenamiento o transmisión de la totalidad, o parte de su contenido, por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Septiembre 2021

I.S.B.N: 978-84-18997-04-4

Depósito legal: M-24159-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

# PRÓLOGO

por

ENRIQUE CABERO MORÁN

## COMPARTIR HERMÉTICOS LUGARES

La poeta Ester Bueno Palacios nos privilegia, gracias a *De herméticos lugares*, con un salvoconducto para transitar por un territorio aparentemente ignoto, apenas atendido a causa del ajetreo que maltrata a diario nuestro ser. Son lugares herméticos porque se refugian, o se esconden, en los resquicios del alma, esos que soportan la existencia consciente y alimentan la vida emocionalmente racional. Estas páginas nos conducen al hermetismo de la memoria, tan misteriosa en su formación y funcionamiento, la cual conforma nuestra esencia y que, si decide abandonarnos por el deterioro psíquico, nos desvirtúa cruelmente, alejándonos de la vida y el disfrute del tesoro de la intimidad y la compartición del saber, el amor y la amistad. De la memoria brotan los recuerdos o, en fin, el retorno al corazón de una selección, inducida o no, de vivencias, conocimientos y valoraciones reelaborados y variables en su percepción e interpretación.

Las personas y las sociedades necesitan la memoria mucho más de lo que inicialmente piensan. Conocemos y nos reconocemos por la memoria. No morimos del todo mientras habitamos en los recuerdos de otras personas. En la Antigüedad se consideró ya entre las más graves penas la *damnatio memoriae*, el borrado oficial y generalizado de todo aquello que pudiera recordar al condenado. No es baladí, por tanto, el cuidado de la historiografía y de la memoria colectiva, previniendo cualquier adulteración.

Los *Herméticos lugares* esterianos discurren desde el *Soy por ser* al *Reño*, del nacer, lejano a nuestra decisión, al retoñar, más o menos deseado, o renacer en otra persona, en un hijo o una hija, con o sin lazos biológicos, o en quien ha aprendido algo de nuestras palabras o comportamientos. Contribuye a mantener la vida, este extraño destello de consciencia, el despertar de retazos inconfundibles en el nuevo ser querido, sobre todo si se trata del vástago enraizado e independiente, del retoño adorado que nos mira y reconoce. La poeta nos inunda de emoción mientras comparte, desviando el hermetismo ausente, su amor infinito por su hijo Kevin, persona maravillosa a quien «Podría escribir un poemario entero solo con tus suspiros cuando niño», porque «reciclas la sangre mezclada/ de mar de norte,/ de piedras en el surco,/ labrador por poeta./ Agua de los errantes./ Lates en mis segundos./ Cada segundo./ Vida./ Mi vida./ Tú, sentido».

La naturaleza, y tal vez el universo, se dotaron de memoria, en una dimensión que se nos presenta como

automática, regida por leyes inmutables, solo conocidas, o intuitas, recientemente por el ser humano. El hallazgo del ADN y sus cadenas, explicativas de las primeras expresiones de la vida y su evolución, ha manifestado la existencia de memorias externas al intelecto humano. Su afán por transmitirse y perpetuarse, por ir acumulando adaptaciones con éxito, propicia y ordena los procesos reproductivos. Mas la memoria humana, aquella que se presenta como una potencia del alma, sustenta el surgimiento de la cultura y las civilizaciones, en su vertiente colectiva, y cimenta el individuo irrepitable, forma parte de nuestra esencia, configura nuestro ser. En esta dimensión, el inquietante ADN cede ante el logos creador, ante el verbo o la palabra, ante el pensamiento tamizado por la inteligencia emocional.

El logos preside la creación del universo y, singularmente, la del ser humano, guiado por la razón y el sentimiento amalgamados. Las más variadas y sugestivas cosmogonías aseveran, al igual que san Juan en el inicio de su evangelio, que «En el principio era el verbo (el logos, la palabra) y el verbo estaba junto a Dios y Dios era el verbo» (*Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν θεόν, καὶ θεὸς ἦν ὁ λόγος*). La deificación del logos, de la razón o principio racional del universo, empleado como sinónimo del verbo o, en definitiva, de la palabra, fundamenta la explicación por doquier de la creación de la persona. Dios es el logos para los credos monoteístas. El portador de la palabra será siempre una divinidad, puesto que, por decisión propia o en el

ejercicio de tareas de mediación o transmisión de mensajes desde lo más excelso hasta lo terrenal, otorga alma a los seres humanos y los asemeja a la fuerza creadora. También las religiones politeístas acuden a divinidades mensajeras, vinculadas al origen de la escritura, como Tot, dios de egipcios y fenicios, adoptado en el panteón griego e hibridado con Hermes, convirtiéndose en Hermes Trismegisto, inspirador de la *filosofía hermética*, de notable influencia entre los mejores alquimistas medievales. Estas deidades enseñan a los humanos la lengua oral y escrita y, de esta forma, les conceden el pensamiento, la memoria, el conocimiento, la comunicación y la cultura. No cabe duda de que las personas adquieren tal naturaleza al participar del logos. Ningún otro ser terrícola ha entrado en ese *doblemente hermético* lugar.

La palabra nos transforma en seres humanos, ya sea pronunciada, escrita o gesticulada. Nos permite entender, recordar, narrar y sentir, dentro y hacia afuera de nuestro entorno corporal. La palabra viaja físicamente, vibrando en el aire, y por medios inescrutables a través de cauces que cruzan fronteras desconocidas. En este punto no puede olvidarse la música, compañera eterna de la palabra en esa travesía, manada del logos y regalada por las musas, como su nombre recuerda, que impregna todo el universo y las frecuencias de los cuerpos celestes. Aparece entonces una suerte de trinidad laica en el seno del logos: palabra, música y poesía. Únicamente la poesía puede llevar la palabra a espacios reservados al fácil tránsito de la música,

sin permisos, sin barreras. El logos le concedió la facultad de crear, la *ποίησις* (*poiesis*), modelando los vocablos, jugando con el ritmo, el cruce de los fonemas y la sonoridad.

La maestría con la que Ester elige cada vocablo caracteriza la meditada espontaneidad de sus poemas. Las pautas arcanas que sigue para modelar los versos, próximas al saber atávico de los artesanos de las cerámicas sacras, trufadas de aromas insuflados desde la alquimia, reverdecen los lugares más herméticos del espíritu del lector, que pasa a peregrinar, sin percibirlo plenamente, por el camino de la vida real, o sentida como tal, sin dimensiones tangibles, sin las cercas cimentadas en las inexorables leyes de la física. El tereciano «nada te turbe» penetra y borra, o barre quizá, la desazón que hiede y campa a sus anchas en derredor. Por ello, no olvides, en palabras de nuestra poeta, que «La gente que conoces estuvo en otras vidas, tampoco puedes ver hasta dónde es azar aquello que te aportan los muchos que discurrieron en tu lado del río o en los otoños de miedo y de catarsis».

Desempolvados los herméticos lugares propios, se orientan hacia los escogidos por la poeta. No estoy seguro de que deseen abrirse. Quieren compartirse y confundir verso a verso los planos de la escritura y la lectura: «Las convicciones nunca son volátiles, nunca son los secretos tan intensos como los que no te cuentas a ti mismo». Diseñamos arbitrariamente los lugares visitados gracias al poemario y cocinamos su contenido, con recetas desconocidas o caprichosas, ignorando si

nos agrada su sabor, si estimulará la regurgitación pública o privada del guiso o si provocará las más desagradables arcadas, las que amargan el presente mediante las sombras del pasado. Ester nos exhorta a que visitemos sin temor el desván interior. Lo hace iluminando rincones destacados del suyo, superando valladares y miedos inconfesables por el común, mas no por la poeta.

Libres de reparos y corazas, en comunión deleitable, hallamos de quedo, de manera imperceptible y sin intrincamientos, el punto de partida del camino indicado en el mapa del tesoro que contiene o, de hecho, es esta obra. Cuatro partes y un epílogo estructuran el poemario. Comienza con *Soy por ser* (primera parte) y su clave para la inmersión en esta retadora, y no menos empática, república léxica esteriana, a modo de advertencia benevolente: «No has elegido casi nada, de lo que naces parte lo que eres, delinea el tiempo sus caprichos sobre la piel, sobre los pensamientos». Los esperados versos libres nos guían, revestidos de magos de oriente, a Martínez, donde una cautivadora estrella, camino de Piedrahíta, inaugura la existencia: «Eran las dos del 22 de junio,/ irradiaban los trigos,/ movía la brisa los sembrados resecos,/ ardían las lanchas en la cortante del sitio de la siega».

Arribamos a la soledad del ser buscando la luz al final del túnel. En la protectora y dulce oscuridad nos hemos ido convirtiendo en personas, siempre acompañados y participando de un corazón que nos dona alimento y sintonía vital. Ahora hace frío, nos envuelve el aire desconocido e intuimos la soledad, una soledad



en compañía salvadora, pero soledad creciente y azarosa: «Y estabas sola allí, nunca tan bien acompañada,/ pero sola,/ como si no existiera otro universo». Nacemos, o ciertamente nos nacen, a la vida y renacemos forzados por la vida, con o sin nuestra aquiescencia, y aparecemos, o a veces desaparecemos, en distintas fases, etapas o épocas, queramos o no. Al final, según dicen quienes aparentemente se confundieron de hora, otro túnel oscuro, culminado por resplandores, nos espera. Habituaremos la oscuridad refulgente de herméticos lugares ajenos, o no tanto, como el genial abuelo Antonio: «*Esta noche ha llovido, mañana hay barro./ Cantabas, arriba, derecho,/ la yunta tosca dominando los bueyes,/ un labriego abrumado,/ labrador, decías tú*».

También las palabras, por obra y gracia del logos y alfares poéticos como el de Ester, nacen y renacen, nos enriquecen, mueren o no y hasta resucitan: labriego, labrador, labrar, laborar. Manos y madera emulan tambores y gaitas charras. La voz del abuelo, que continúa sonando en entrañable armonía, y la siento emocionado en mí como lector, descubrió territorios inexplorados a aquella niña aprendiz de poeta: «Esta noche ha llovido, mañana hay barro. Pobre del carretero que va en el carro. Quítate, niña, de ese balcón. Porque si no te quitas, ramo de flores. Pediré a la justicia que te aprisione con las cadenas de mis amores».

*Habito epigrafía la parte segunda: «Aquí, donde habitamos, en la noche, el mar, el viento entresacado, la mar y las montañas». Entre las nuevas frondas de versos llegamos al fenotipo. Nuestra manifestación*

varía con la interacción del medio que nos envuelve y modula. Los caprichosos sentidos reelaboran subjetivamente lo objetivo, que dejará de serlo mientras la memoria digiere lentamente las más rápidas impresiones: «Flores que despertaron un ahora. Voladores milanos, los días que levantan del suelo el calor de tormenta. Aquí donde habitamos». Por eso miramos y nos miran, aunque nadie consigue adivinar aquello que efectivamente se ve y su finalidad: «Los peces de pantano miran a los humanos/ deseando que les salgan colas y agallas,/ y aletas diminutas/ al lado de los ojos/ para poder contarles sus desdichas/ y no aburrirse tanto».

Alcanzada la juntura del hábitat y la morada, profundizamos en la distancia hermética entre los planos real, percibido, valorado y recordado, pues «En un carril de doble vía discurre nuestro mundo». Entramos en *Distopía y quimeras*, la parte tercera. En una de esas vías transitan «El horror, la barbarie, lo errático, en el de la derecha, ocupando más sitio del debido, contraviniendo las normas de la circulación». En la otra, apenas «una línea si no ponemos freno al pensamiento, están las esperanzas, los ejemplos que pretendemos dar o que tomamos, las denuncias, renuncias a sostener la maldad y la muerte». Finalmente, «Andamos sin llegar a ninguno de los sitios deseados./ Hablamos y objetamos./ Las noticias remiten por la noche y regresan al día/ y las vivimos con las escasas puertas que nos dejan».

El rótulo *Distopía y quimeras* se presenta como una enigmática advertencia sobre la cara más lúgubre del alma. Las palabras resuenan entre la tristeza, el desen-

canto y la decepción. Ni siquiera existe la nostalgia, porque «Andamos sin saber que no hay final que acierte,/ que no hay final soñado./ No existen los finales de las vidas,/ solo es la nada absurda,/ la nada o lo que queda de la nada,/ el final de la nada». La crudeza de la expresión sobrecoge. *El final de la nada*, final y nada, nada y final. Ese hermético lugar irrespirable amenaza con devenir en la caja de Pandora. Sin embargo, lectora, lector, la poeta emerge en la noche vestida de faro e impide el naufragio. La amargura solamente es un trampantojo que, aprovechando los recodos, oculta la sabiduría de la vida vivida para infundir desazón. En el puente hacia la parte cuarta «Diría sí, aun sabiendo lo que conozco ahora,/ armaría mi despertar y diría sí, y diría gracias./ Diría gracias mil veces por saber,/ conectar el alma con el cuerpo en cada amanecida,/ santificar el día con pasos inseguros,/ pero firmes la frente y la cabeza».

Claro, la parte cuarta nos retorna a la ruta deseada, la verdadera, la del *Amor, camino*, dado que «El amor nos mueve y nos consuela y nos hace del todo vulnerables. No tenemos destino sin amor, no tenemos sentido sin amor, no tenemos respiro sin amor». La nada cede ante la plenitud, el amor explana la estigia llanura desecada. La poesía regresa al logos en este punto y descubre la *vis* creadora: «Te doy este papel./ Te regalo lo blanco de mi alma/ y puedes reescribirme como quieras,/ amor, camino». El papel se identifica con el alma y la palabra con la fuerza primigenia que nos espolea ahora y siempre. No lo dudes y «Reserva una palabra

para mí,/ que sea solo nuestra,/ que nadie la mancille  
ni le ponga saliva,/ que nadie la remarque con una voz  
extraña./ Reserva una palabra que no imponga destino  
ni caminos,/ que no tenga futuro,/ que solo tenga  
holas/ y qué tal has dormido,/ que tenga hasta maña-  
nas, dulces sueños».

No preocupa ya la vulnerabilidad. Quedan atrás las distopías y las quimeras. Sabemos que existimos porque amamos con todas las polisemias platónicas, en bella conjunción de *filos*, *ágape* y *eros*. El amor se ofrece como camino homérico, sabedores de que el camino es, una vez más, el propio destino. La nada se diluye como la sal en las aguas marinas. No te asustes más entre las olas, como la poeta responde entre versos a su plegaria, susurrada para apaciguar el ánimo: «Dime que el agua no va a desintegrarme,/ que no va a transformarme en burbujas de lodo,/ que no va a hacer que sea, solamente,/ la humedad de unas gotas saladas en los acantilados,/ o los restos de un pez abandonado por alguien/ en la orilla».

Tanta es la luz, después de que Ester nos asegure que *ha levantado el sol*, se quemem o no, da igual, *los recuerdos escupidos* que orbitan incesantemente, que se desata la apoteosis de la obra, dedicada con acierto y justicia poética, cómo no, al *Retoño*, mencionado antes con pleitesía. Se está ante la sublimación del amor/destino, reflejada en este vocablo precioso y sugerente: «Retoñar, esa vieja palabra, es sonora y completa, es iniciática. Es dejar en tu brazo la cicatriz más bella y en tu mirada el eslabón de lo que te hace ser. Tu epílogo es

un hijo que guarda lunas llenas y las ríe». Este epílogo apoteósico culmina el inmenso océano de sentimientos y sensaciones, ora proceloso, ora balsa de aceite, que nos ha traído hasta el puerto seguro más buscado.

La poesía de Ester Bueno Palacios vuelve a deleitarnos con el tercer libro de una serie primorosa, comenzada por *Nada es lo que decías* (2014, prólogo de Mario Pérez Antolín) y continuada por *La velada impaciencia* (2017, prólogo de Enrique Gracia Trinidad), ambos, como este, publicados en la colección «Anaquel de poesía» de la prestigiosa editorial «Cuadernos del Laberinto», dirigida por Alicia Arés, cuyos talento y generosidad no llegaremos a agradecer nunca suficientemente. Su cuidada y bella edición esplende en el firmamento de este sello de culto.

La veneración de la palabra en la poesía de Ester regala, a quienes completan su obra con la lectura vívida, el anhelado placer que solo brota de los límpidos manantiales de un Parnaso sustituido vitalmente por su Gredos omnipresente. El evidente cuidado en la elección del vocablo y su ubicación en el verso explica la extremada pureza poética de la obra. No rompe con la tendencia anunciada en los poemarios anteriores. La mantiene, madura y exalta. Remarca su evolución que el verso libre se ajusta cada vez más a normas, inspiradas en el ritmo y la fonética, en la frecuencia y el sonido, aunando en el latido la poesía y el corazón, y descubriendo esa intimidad que parecía insondable. Son versos libres, que no renuentes a la trabazón poética. Se corresponden con una lógica estética distante

de la anarquía en la estructura o el desorden en la construcción. Se ha logrado crear un microcosmos diferente y fácilmente reconocible, misión esta de cumplimiento altamente infrecuente.

La capital del microcosmos nunca ha dejado de situarse en Martínez/Piedrahíta, tierra natal y de su evocada infancia. No ha sucumbido en las corrientes del Corneja, el Tormes, el Ámstel o el Adaja, ni en el ascenso al elevado pico del corazón peninsular o el descenso a las bajas extensiones anaranjadas. La introspección inmisericorde de la autora halla su recompensa zigzagueante cuando el amor, en su dimensión más excelsa, retorna y disipa dudas y temores. El sacrificio anímico de redescubrir los herméticos lugares para compartirlos en abnegado servicio solidario merece todo nuestro homenaje.

No oculto el honor que supone prologar una obra de Ester Bueno Palacios, cuya poesía descubrí hace un decenio, así como la responsabilidad de incorporar mis palabras a este espléndido poemario. Solamente mi condición de admirador de sus poemas justifica la graciosa oportunidad, pues solo como lector embelesado escribo estas líneas, sin otro título habilitante literario o académico. Represento así a quienes gocen de la ocasión de zambullirse en este universo poético, opción que recomiendo encarecidamente. Muchas gracias.

Salamanca, a 22 de junio de 2021

DE HERMÉTICOS LUGARES

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



Parte Primera

## SOY POR SER

No has elegido casi nada, de lo que naces parte lo que eres, delinea el tiempo sus caprichos sobre la piel, sobre los pensamientos. Las convicciones nunca son volátiles, nunca son los secretos tan intensos como los que no te cuentas a ti mismo. La gente que conoces estuvo en otras vidas, tampoco puedes ver hasta dónde es azar aquello que te aportan los muchos que discurrieron en tu lado del río o en los otoños de miedo y de catarsis.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## NACER I

Eran las dos,  
el sol se colaba por la ventana de la alcoba,  
amarillentos haces,  
luz casi cenital, aún al mediodía.

Estabas sola, casi sola, nunca tan sumamente  
acompañada,  
y sí tan sola como si no existiera otro universo.

Eran las dos,  
una manada de perdidos caballos retumbando  
en tu cuerpo,  
inexplicable región nunca explorada,  
repetida, ancestral, mujer, aliento.

Eran las dos del 22 de junio,  
irradiaban los trigos,  
movía la brisa los sembrados resecos,  
ardían las lanchas en la cortante del sitio de la siega.

Y estabas sola allí, nunca tan bien acompañada,  
pero sola,  
como si no existiera otro universo.

Ángela, eras en luz del mediodía,  
y sola ya, tan solo unos instantes,  
nunca más sola,  
nunca.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## NACER II

Remedo en la distancia.  
Mis zapatillas blancas de niña danceante,  
horquillas maltratadas por el pelo salvaje,  
latente rebeldía,  
llena la calma de furibundos cielos,  
lleno el orgullo de sonatas vibrantes.

Cada cosa yacía en su dominio pulcro  
y nada parecía salir de su canasto,  
para el que estaba hecho.  
Pero el crecido grito de deseos,  
de sueños y de alcances,  
de puentes ya trazados y no erguidos,  
de cuerdas que trasladan a otro lado del río,  
estaban,  
allí estaban.

La cruz de los días claros en el frente del monte.  
El agua recurrente por los caños parados entre noches.  
El estío dorado con los dedos desnudos  
en las manos de amigas.  
Los canchales rugosos, extraños por calientes.  
El musgo, Peña Negra...

Así estuve naciendo... mucho tiempo.

## EL FRÍO

Las cosas nunca fueron fáciles;  
qué frío en la casa de piedra,  
qué frío en la cocina y en las escaleras.  
El frío entraba por los pies y te desenredaba;  
qué helador era todo,  
hermano mío, hermano.

En tus ojos, color de Peña Negra  
no se distinguía el blanco,  
no había blanco,  
era la Peña Negra tu mirada,  
la habías adoptado, te había poseído.

Hacía un frío que devoraba los metales.  
Imagina las camas de dos niños pequeños.  
¡Cómo las corroía!

A veces encendían una lumbre,  
un brasero de cisco  
que había que dejar en el portón  
para no gasearnos en una muerte  
innecesariamente prematura.